

HISTORIOGRAFÍA LITERARIA VENEZOLANA (1875-1940): Entre la memoria y el olvido.

Omaira Hernández Fernández,¹

En 1875, una edición conjunta de Rojas Hermanos Editores en Caracas y Jouby et Roger Editeurs en París, publica la Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos Ordenada con Noticias Biográficas del venezolano José María Rojas, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en España para esa fecha. La obra, como lo plantea su autor en la introducción, pretende dejar a la posteridad “los títulos de Venezuela como nación inteligente”, siendo su objetivo el “coleccionar las obras dispersas de los escritores venezolanos, ordenarlas cuidadosamente en un cuerpo, ilustrarlas con noticias biográficas de cada uno de los escritores” (xvii). De esta manera, y bajo esta concepción, sale a luz la obra considerada como el primer texto historiográfico de la literatura venezolana.

Sin querer confundir colección, compilación, lista de autores y obras con historia de la literatura, esta edición ha sido tomada como tal y sin pretender desmerecer el inmenso valor que la obra tiene para los estudios que nos corresponden, dos son los aspectos vitales de la misma. A partir de ella se instaura el canon de obras literarias y de autores que serán considerados desde ese momento literatura en nuestro país (instalación de una memoria), y con ella se justifica y se suprime el largo período de nuestra historia literaria en época de la colonia (instalación de un olvido).

Sin embargo, se considera que el texto del Dr. José María Rojas no tiene carácter oficial pues es fruto de su interés personal. Por ello, en el año de 1895, la Asociación Nacional de Ciencias, Literatura y Bellas Artes de Venezuela, publica la obra Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes, el cual reúne los ensayos de un buen número de intelectuales venezolanos que pretenden sentar la historia de las letras venezolanas. Y aunque en el ensayo de presentación, realizado por el Dr. Rafael Seijas y titulado “Historiadores de Venezuela”, encontramos la siguiente posición: “como quiera que sea, el historiador de Venezuela haría mal en prescindir, de lo que fue ella cuando colonia” (ii). Hecho que se olvida, pues luego, los ensayistas se empeñan en aclarar que poco o nada floreció en el periodo colonial venezolano.

Pero a pesar de esta edición, las bases dejadas por la obra de José María Rojas, prácticamente, se convierten en hilo conductor de todos los estudios posteriores. Así por ejemplo, vemos que Rojas inicia su obra afirmando: “El genio no florece en medio de la servidumbre, ni da tampoco frutos de bendición en el estruendo de las batallas. Así que bien podemos decir que la literatura venezolana nació con los primeros albores de la República y siguió desde entonces la marcha acelerada de la sociedad política.” (xiii). Desde entonces esta misma afirmación es hecha por diversos estudiosos de nuestra literatura. Julio Calcaño en 1888 expresa: “En vano buscaríamos en los desmañados poetas

¹ Instituto Pedagógico Rural “Gervasio Rubio”. Núcleo de Investigación: Estudios y Crítica Cultural de América Latina y El Caribe (ECALCA)

y literatos de la colonia venezolana el sello glorioso de la rica y majestuosa poesía española [...] Nuestra literatura alborea con el sol de la revolución de independencia” (23).

Gonzalo Picón Febres en 1906 manifiesta: “La poesía venezolana propiamente dicha, la en que ya se ven clarear las verdaderas gracias del ingenio, la gentileza de la forma y los esplendores del arte, la que merece después admiración y es digna de alabanza, comienza en los diez primeros años del siglo XIX” (47); y esta misma posición llega, incluso, hasta 1940, cuando el maestro Mariano Picón Salas publica su obra Formación y proceso de la literatura venezolana, considerada la primera historia crítica de nuestra literatura. Picón Salas se acerca con una mirada acuciosa a la literatura venezolana, indagándola desde sus primeras manifestaciones y aunque llega a afirmar: “Venezuela no tuvo una Literatura colonial que pueda compararse, pálidamente, por lo menos por su volumen, con las de México, Perú o Nuevo Reino de Granada.” (35), su obra rompe un silencio de muchos años e inicia un nuevo ciclo de estudios crítico- literarios desde una perspectiva más amplia e integradora.

Estas posiciones sellan la posibilidad de investigar, recopilar, conservar con criterio literario, el segmento hispánico de nuestra historia, sometido a la exclusión y objeto de una prolongada censura desde la fundación de la República. De allí que la mayor parte de las historias y otros estudios literarios de Venezuela, evitan o reducen el período colonial venezolano a simple nota introductoria, pues son historias o estudios de la literatura-nación. Suprimen los textos por considerarlos “no literarios” y opacan el período por considerarlo “no nacional”. Así queda recortado el corpus –o el repertorio de fuentes- de acuerdo con el criterio político nacional que tienen los líderes de la independencia en el siglo XIX. El canon implantado es restrictivo y excluyente ante la producción textual del período más largo de nuestra historia (más de trescientos años de vida colonial, frente a poco más de ciento ochenta de vida republicana).

Posturas como éstas condenaron al ostracismo y al olvido, obras como la Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela de José de Oviedo y Baños, escrita alrededor de los años de 1722 al 1725, y que, según Tomás Eloy Martínez, editor de la versión del libro de Oviedo en la Biblioteca Ayacucho, anticipa las críticas a las instituciones que luego aparecerán en los trabajos periodísticos de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (Quito, 1747-1795), en el Lazarillo de ciegos caminantes de Alonso Carrió de la Vándera (1715-1778) y sobre todo en la original autobiografía de fray Servando Teresa de Mier (1763-1827). Aclara el editor que: “Oviedo y Baños no basa su crítica sobre la observación directa sino más bien sobre citas de autoridades, a las que cuestiona o niega de manera sesgada o directa” (xxx). De igual forma, una inestimable cantidad de formaciones discursivas (religiosas, geográficas, filosóficas, literarias), así como tipos particulares de discursos (cartas, relaciones, crónicas, memoriales, relatos híbridos, proclamas, poemas, etc.), del período colonial, fueron excluidas por consideraciones ideológicas. Así, una interesante y copiosa producción teatral escrita y representada en Caracas entre los años de 1850 y 1860, es excluida por considerarse “copia” de la producción metropolitana, y obras como Cosme de Médicis; Don Fadrique, Gran Maestre de Santiago, Parisina; Don Pedro de Portugal y Guelfos y Gibelinos, del escritor Heraclio Martín de la Guardia, fueron “sacrificadas” en aras de la república.

Otras obras como Resumen de la Historia de Venezuela (1841) de José María Baralt, Geografía de Venezuela (1841) de Agustín Codazzi, Compendio de la historia de Venezuela desde su descubrimiento hasta que se declaró Estado independiente (1851) de

Feliciano Montenegro, Bosquejo de la historia militar de Venezuela (1855) del coronel José de Austria, Manual de la historia universal y Biografía del general José Félix Rivas (ambas 1863) de Juan Vicente González, son consideradas como “no literarias” y obviamente son relegadas y olvidadas. Pero, peor aún, todos los discursos, cartas y documentos que se extienden en el área de la música, desde sus primeras manifestaciones en el año de 1591, a través del maestro Luis Cárdenas de Saavedra. Luego, a partir de 1698, toda la documentación de la creación del Colegio Seminario de Caracas, bajo el auspicio de Diego de Baños y Sotomayor, Obispo de Venezuela y Caracas, ha sido relegada también al olvido. Inclusive, la creación de la Real y Pontificia Universidad de Santiago de León de Caracas, en 1725, con una pródiga producción literaria e histórica del periodo colonial, ha sido refundida en los extraviados archivos del pasado.

Durante el siglo XIX el tema central para el estudio de la historia es el de la independencia. Especialmente, el tema es alentado por las necesidades de legitimación de la revolución político-social, que implica a la vez determinadas conveniencias e intereses ideológicos, y la instauración de ciertas convenciones (impuestas por el sector criollo liberal que conduce la emancipación), que servirían para sostener la fundación de la nueva república. Una de estas convenciones es acudir al recurso de la “consagración a la patria” como bien lo expresa el intelectual venezolano Eugenio Méndez y Mendoza en 1895: “El primer cuarto de este siglo es para Venezuela de luchas y desgracias; las manos fueron todas para las armas, los entendimientos para la generosa idea, los corazones para el holocausto por la patria” (xxviii). De esta manera se justifica “la no existencia” de una literatura según los criterios imperantes.

Sin embargo, la más importante de estas convenciones es el hecho de que en Venezuela, como en el resto de los países latinoamericanos, la formación de la nación se sostiene sobre un discurso que expresaba una oposición radical y de ruptura absoluta con el pasado colonial. Como lo afirma el historiador Gerardo Colmenares:

La liquidación del régimen colonial, cuya dominación fue abolida mediante las armas, debía completarse ideológicamente para liberar energías que habían permanecido encadenadas por la opresión y la rutina. La supresión de la Colonia, como un período histórico en el que pudiera discernirse una acción dramáticamente significativa, aproximaba el horizonte de los orígenes y creaba una sensación de juventud. (23).

Con esta orientación, los historiadores del siglo XIX se abren paulatinamente a las más diversas influencias ideológicas de la cultura europea de la ilustración, del neoclasicismo, del romanticismo, del liberalismo y del positivismo. La actitud general es de rechazo a los valores legados por la colonia, interpretada por ellos en ese momento, como un pasado despótico, oscuro, de aislamiento y atraso, atribuidos a la dominación española. Pero al mismo tiempo, el rechazo a la tradición que entraña esa actitud, solapaba o evadía un conjunto de formas específicas de la civilización hispanoamericana. En todo caso, se pretende que ésta debía ser moldeada según la idea de progreso prevista por los esquemas liberales adoptados como modelos. Al margen quedaban los rasgos formativos de aquella compleja realidad cultural.

Sin embargo, es a través de las líneas de desarrollo del discurso republicano como empieza a perfilarse la historia de la literatura venezolana. Luego del ascenso al poder de los criollos, y de la aparición de su proyecto liberal romántico, que impulsa una nueva conciencia libertaria y anticolonial, se elaboran los primeros intentos de reflexión histórica-

literaria. Estos pasarían a formar parte activa del programa de unidad ideológica dirigida a la legitimación y consolidación del estado nacional independiente, erigido frente a la metrópoli vencida, y sobre la sociedad heterogénea y compleja, legada por el proceso colonial. La integración de este corpus de la literatura colonial empezaría en Venezuela, a finales del siglo XIX con el trabajo del Dr. Rojas mencionado al inicio del presente trabajo.

El canon republicano se impone modulando jerárquicamente los gustos y los intereses de los lectores. Así como ya hemos visto, ni crónicas, ni dramas, ni historias coloniales serían considerados literatura en el siglo XIX, cuyos intelectuales – entusiasmados con la noción finisecular de las Bellas Artes- buscan la validez de los textos según las orientaciones del canon romántico europeo. De allí que, de la memoria instalada por José María Rojas en la Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos, nombres como: Andrés Bello, Juan Vicente González, José Antonio Calcaño, Julio Calcaño, Rafael María Baralt, Fermín Toro, Nicanor Bolet Peraza y Arístides Rojas, son sacralizados por las letras patrias y pertenecen al panteón literario del país. Desde entonces, sus textos constituyen materia obligada en la formación académica de cada estudiante venezolano. Sin embargo, otros, igualmente mencionados en la obra: José Antonio Maitín, Abigail Lozano, Heraclio Martín de la Guardia, Domingo Ramón Hernández, Elías Calixto Pompa y Manuel María Bermúdez pasan desapercibidos y son prácticamente desconocidos actualmente.

De las opiniones que sobre el periodo colonial se estatuyen, ya señaladas anteriormente de Rojas, Calcaño, Picón Febres y Picón Salas y otros, y con el ánimo de especular para evidenciar aquellas inflexibles posturas, podría inferirse que los intelectuales venezolanos fijan la fecha del “nacimiento” de la literatura venezolana en 1810 aproximadamente. Así, la historia de la literatura nace, crece y se desarrolla junto a los conceptos políticos de independencia, nación y estado. Si atendiéramos a estas secuencias temporales, la literatura venezolana, para 1875, año clave para este trabajo, tendría escasos sesenta y cinco años. Pero realmente son los siguientes sesenta y cinco años (1875-1940) los que instauran y sacralizan el canon literario de la nación por un lado, pero por otro, es también es el periodo en el cual se llevan a cabo los primeros intentos de “rehacer” la historia.

Cuando disminuye el fervor de la ideología patriótica y crece –al calor de los nuevos procesos liberales- el ánimo por el cosmopolitismo europeísta y afrancesado (que para algunos amenaza la cultura nacional), aparecen los primeros empeños por recuperar los nexos con la tradición española, cuyas raíces se encuentran en el periodo colonial. Alberto Rodríguez Carucci nos plantea, por ejemplo, que para finales de la década de 1920, durante la transición entre Modernismo y Vanguardias, se inicia otro periodo para la historiografía de la literatura: “ al iniciarse el proceso de la explotación petrolera, se iniciaba también un nuevo ciclo de reflexión nacional frente al auge de la presencia extranjera, reapareciendo entonces el interés por la evolución cultural del país, esta vez sin olvidar la diversidad de la literatura colonial” (117). Destaca Carucci el trabajo de Crispín Ayala Duarte, Resumen histórico crítico de la literatura hispanoamericana, de 1927, pues considera que éste pugna por “eludir la retórica del nacionalismo radical, declarativo y ortodoxo frente a la cultura nacional” (119). El texto de Ayala integra el periodo colonial, lo presenta como un segmento activo y fundamental en la formación de la cultura, y, además amplía el canon pues considera tipos discursivos antes menospreciados.

Lamentablemente, el esfuerzo de Ayala no tiene continuidad en el tiempo, pues no es sino hasta 1940 cuando aparece Formación y proceso de la literatura venezolana, de

Mariano Picón Salas. Su obra que como ya hemos dicho, marca un hito para la historiografía literaria colonial. Picón Salas parte de la diferenciación de sujetos y culturas en el escenario de la conquista. Opone rasgos y características en un esfuerzo importante por dar cuenta de la diversidad de aportes que forman el universo colonial. En la selección que organiza incorpora mitos, crónicas, poesía, oratoria, filosofía y referencias que ordena en movimientos literarios y sobre una periodización secular, cuya evolución discurre a través de una amplia perspectiva de historia cultural. En esta perspectiva, la información no es solamente acumulación de datos sino registro comprensivo de cambios cualitativos, con el paso de una mentalidad heroica (la del siglo XVI) a una expresión retórica como la del barroco (la de los siglos XVII y XVIII).

Aunque el libro de Picón Salas considera a la colonia como un período de fundación de la cultura venezolana, y en él la noción de literatura aparece ampliada, observamos que el resto de los estudios de historia literaria venezolana, comprendidos en el periodo 1875-1940, en su mayoría, están hechos sobre una base selectiva de autores, obras o movimientos estéticos. Esto aunque representa un encomiable esfuerzo, no constituye historia en tanto tal, por cuanto la simple periodización de movimientos y/o la selección de autores y sus obras, sólo constituye una parte, aunque esencial, del proceso de dar cuenta de lo que sería una auténtica historia de la literatura, es decir, aquella que explique las dinámicas de los procesos literarios que se estudian. De este modo, si partimos de la obra de José María Rojas de 1875 y la obra de la Asociación en 1895, observamos que en el proceso historiográfico de la literatura nacional, destacan los trabajos de un conjunto de intelectuales como José Gil Fortoul con La literatura Venezolana vista en su posición actual en el mundo y juzgada con relación a su porvenir (1904), Gonzalo Picón Febres con La Literatura Venezolana en el siglo XIX (1906), Rufino Blanco Fombona con Letras y Letrados de Hispanoamérica (1908), y los trabajos realizados a finales de nuestro período por Jesús Semprún Estudios Críticos (1938) y Mariano Picón Salas con Literatura venezolana (1940).

Menos conocidos y/o difundidos se encuentran diversos estudios aparecidos como artículos o ensayos en las diversas revistas y periódicos nacionales, recopilados y mencionados por Pedro Díaz Seijas, tales como: Luis Manuel Urbaneja Achelpohl con “Sobre Literatura Nacional” y “Más sobre literatura nacional” (1895); Manuel Díaz Rodríguez con “Paréntesis Modernista o ligero ensayo sobre el modernismo” (1901); Pedro Emilio Coll con “El Castillo de Elsinor” (1901) en donde destaca su posición en el ensayo “Decadentismo y Americanismo”, Pedro César Dominici con “Tronos Vacantes” (1924), Julio Planchart con “Reflexiones sobre novelas venezolanas con motivo de ‘La trepadora’”(1927) y “Tendencias de la lírica venezolana a fines del siglo XIX” (1940), y la especial mención que debemos hacer del texto Terra patrum (1930) de Luis Correa.

De igual forma, cuando se habla de la literatura venezolana de 1875 a 1940, inmediatamente viene a nuestra mente: realismo, criollismo, costumbrismo, modernismo y vanguardia. Y para uno de estos “ismos” hubo un escritor consagrado. Para el neoclasicismo hispanoamericano: Andrés Bello, para el romanticismo histórico-social: Juan Vicente González, para la lírica romántica: Juan Antonio Pérez Bonalde, para la epopeya romántica: Eduardo Blanco, para el costumbrismo: José Rafael Pocattera, para el modernismo y el criollismo: Manuel Díaz Rodríguez y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, para la poesía nativista: Francisco Lazo Martí, para la novela realista: Rómulo Gallegos, y finalmente, para la lírica vanguardista: Vicente Gervasi, por mencionar algunos. Esta

agrupación en movimientos se matiza en los primeros años del siglo XX con las denominaciones de *Generación del 18* y *Generación del 28*, con lo cual quedaría configurada, a grandes rasgos, lo que fue la literatura venezolana en esos años.

Esta singular forma de reducir la historia literaria de sesenta y cinco años, a once líneas, es una muestra de lo que la homogeneización ha hecho a los estudios literarios. En el afán de ubicar autores en movimientos se pone en práctica los mecanismos del olvido, perdiéndose en los vericuetos del tiempo, valiosos procesos diferenciadores que responderían muchas de las interrogantes actuales en esta materia. Sin embargo, queda claro que los estudios de historia literaria nacen como un discurso que establece un corpus taxonómico sobre la base de una visión positivista de la historia y sobre la base de “sujetos ilustrados” que crean para la nación una insigne lista de “próceres intelectuales”.

En consecuencia, pareciera que nuestra memoria literaria está asentada sobre el olvido, olvido al que sometimos, por ejemplo, la historia escrita por Mariano Picón Salas y la propia Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos de José María Rojas. De los setenta y dos escritores seleccionados para estudios formales, sólo ocho son oficializados, y de los diecinueve restantes, no se conoce absolutamente nada. En este sentido, observamos cómo privan unos intereses sobre otros, y especialmente cómo se ponen en funcionamiento los mecanismos de este olvido. En consecuencia, resulta interesante observar cómo los mecanismos de la memoria se accionan desde una mentalidad dominante, y atendiendo a los planteamientos de Javier Roiz, podemos advertir sobre los peligros de esta memoria moderna:

El hecho de que la memoria sea una cazadora en las tierras del pasado implica que persigue objetos que no están aislados. Frecuentemente esos objetos están bien entrelazados, fundidos o adheridos a otros objetos o sustancias. Y cuando la memoria los agarra para traerlos al presente, con mucha frecuencia daña el entorno de esos objetos. La acción de la memoria es frecuentemente una batida, donde lo que atrapa no es probablemente nada comparado a lo que altera o destruye. (48).

Y este proceso de asalto al pasado pareciera ser lo frecuente en los estudios literarios. Los vacíos que hoy preocupan a los investigadores son producto de tales asaltos. Para nadie es un secreto que mucha de nuestra historia fue mutilada, destruida, alterada, o sencillamente desechada en aras de la positividad de la ciencia o en aras de privilegios políticos-económicos.

De allí que el planteamiento de Beatriz González Stephan, al hablar de las literaturas nacionales sea de importancia capital: “Una historia literaria nacional que gane para sí la categoría de pluralidad, es la condición básica para superar la imagen falsa de unidad homogénea de las historias literarias continentales.” (73). Y será el rescate de esta pluralidad lo que permitirá entender las dinámicas literarias propias en todo el sentido de los contextos que las generan. Es precisamente esta dinámica intelectual la que nos interesa. Develar cómo se dan los procesos literarios, bajo qué signo, bajo qué circunstancias, producto de cuáles situaciones o circunstancias, los artistas venezolanos producen sus obras. No podemos aislar estas creaciones como objetos puros, salidos de mentes excelsas e incontaminadas de los procesos socio-políticos que las envuelven. Los estudios de historia literaria no pueden continuar como simple recuperación de objetos olvidados o escondidos para llenar el catálogo convencional de nuestra literatura.

Sin embargo, lo que hoy parece irremediablemente perdido no lo es tanto. Si se parte de un proceso de revisión de los fundamentos epistemológicos de la historia literaria, nuevos enfoques se están imponiendo en los estudios sobre literatura. En esta perspectiva, por ejemplo y entre algunos otros, contamos con el trabajo del profesor Domingo Miliani, quien apunta hacia un nuevo proyecto para “historiar nuestra literatura” con lo que denomina “la historia posible” o “la historia por hacer”:

La historia posible lo será, sólo en la medida que un equipo transdisciplinario asuma la tarea con modestia, sin hipertrofias del ego, en actitud de respeto a la individualidad dentro del trabajo conjunto. La clarificación de un marco teórico acogido sin dogmatismo, riguroso como lineamiento común, flexible y permeable como instrumento para la percepción de un texto abierto en nuestro espacio cultural específico, es la condición primaria. (301)

Esta perspectiva evitará tanto la discontinuidad como la dispersión y el aislamiento que han afectado los estudios sobre la literatura colonial en Venezuela. Es preciso realizar una revisión de las literaturas coloniales, desde esta nueva perspectiva y al calor de los enfoques transtextuales. Así podrán relacionarse activamente las crónicas y textos coloniales (por ejemplo, las cartas de Colón sobre Venezuela, los relatos históricos de Fernández de Oviedo, Juan de Castellanos, Oviedo y Baños y fray Pedro Simón), con aquellos de la actualidad que los han asumido como hipotextos, ya sea de modo general o parcial (Don Pablos de América, El Tirano Aguirre, Abrapalabra, Infundios, Colombina descubierta, etc.).

De igual forma, conviene aprovechar los aportes que ofrecen las lecturas de los materiales coloniales para desentrañar los signos y representaciones simbólicas urbanas de hoy. Estos signos rememoran figuras, sucesos y personalidades en los parques y plazas de Venezuela, generalmente habitados por caciques indígenas, conquistadores, evangelizadores, soldados y próceres de menguada significación que nos remiten muchas veces, quiérase o no, a la colonia. También, finalmente, estas nuevas perspectivas nos permitirán indagar en los palimpsestos que aparentemente no vemos, pero que nos fundan y subyacen, de distintas maneras, en el universo discursivo que nos re-crea cotidianamente en las distintas imágenes nostálgicas de la colonia, diseñadas en los llamados discursos postcoloniales y en la hibridez de las culturas actuales. A través de esta nueva disposición para “leer” la colonia, quizás podamos completar nuestra propia imagen que, por el momento, aún no puede reflejarse en el espejo ni cobrar la nitidez necesaria en la memoria.

OBRAS CITADAS

- Asociación Nacional de Ciencias, Literatura y Bellas Artes. (1895). *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencia y Bellas Artes*. Caracas: Tipografía El Cojo.
- Calcaño, Julio. (1888) “Reseña histórica de la literatura venezolana”. En *El ensayo literario en Venezuela: Siglo XX*, Comp. Gabriel Jiménez Emán. Tomo III. Caracas: Ediciones La Casa de Bello, 1987. 19-33.
- Carucci Rodríguez, Alberto. (1982). “Marginalidad en la literatura colonial en Venezuela”. *Araisa*. Caracas, pp. 115-139.

- Colmenares, Gerardo. (1989). *Las convenciones contra la cultura*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- De Oviedo y Baños, José. (1992). *Historia de la conquista y población de la provincia de Venezuela*. Ed. Tomás Eloy Martínez. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Díaz Seijas, Pedro.(1966). *La antigua y la moderna literatura venezolana*. Caracas: Armitano.
- González Stephan, Beatriz. (1985). *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Méndez y Mendoza, Eugenio. “Teatro Nacional”. (1895). En *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencia y Bellas Artes*. Asociación Nacional de Ciencias, Literatura y Bellas Artes. Caracas: Tipografía El Cojo.
- Miliani, Domingo. (1997). *Entre la historia y la intemperie*. Mérida: Actual.
- Picón Febres, Gonzalo. (1906). *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1972.
- Picón Salas, Mariano. (1940). *Formación y Proceso de la Literatura Venezolana*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984.
- Rojas, José María. (1875). *Biblioteca de Escritores Venezolanos Contemporáneos: ordenada con noticias bibliográficas*. Caracas: Rojas Hermanos Editores. París: Jouby et Roger Editeurs.
- Roiz, Javier. (1992). *El experimento moderno: política y psicología al final del siglo XX*. Madrid: Trotta.
- Seijas, Rafael. (1895). “Historiadores de Venezuela”. En *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencia y Bellas Artes*. Asociación Nacional de Ciencias, Literatura y Bellas Artes. Caracas: Tipografía El Cojo